

Querida Anna:

Te escribo estas líneas, aunque probablemente nunca lleguen a tus manos.

Estoy aquí, en el frío más absoluto y la soledad más infinita, sólo encuentro atisbos de la primavera cuando tus palabras me llegan vibrantes, transmitidas por la aquietada brisa y el temblor naciente de la mañana iniciada, o de la tarde somnolienta a punto de extinguirse...en algunos de esos momentos es cuando percibo tus pasos, tranquilos pero firmes, sobre la hierba o sobre el agua de la lluvia retenida en los charcos. Siempre vas descalza, para sentir a través de las plantas de tus pies el latido de la tierra que a todos nos cobija.

Llegas envuelta en un oscuro cendal, que sólo deja al descubierto el dulce rostro de ojos grandes, abiertos al asombro de la vida y a la humedad de las lágrimas.

Arrastras el ruedo de la falda en cada paso, y percibo cuando una piedra del camino, eleva la fina tela, adornada de blondas y lazos. Noto el más mínimo enredo de tus faldas en las piedras, o en las ramas caídas, que van dejando sus hilos enganchados, aunque tú, en tus idas y venidas no lo percibas. Yo se, que esas ropas impolutas y alegres se han ido ajando en el transcurrir de los días. Sólo el enorme velo continúa inalterado, como el primer día, a pesar de tu empeño en sujetarlo entre tus manos, para cubrir tu cuerpo y tu pelo de miradas indiscretas. Y yo me pregunto, de que ojos quieres protegerlo, cuando no hay otros pasos que caminen cerca de los tuyos.

Querida Anna, conozco el nombre de las flores que portas en tus brazos, lilas al inicio de la primavera, claveles durante el verano, y espliego, brazadas de espliego en otoño, rosas de penetrante olor en el frío invierno. Siempre las colocas con delicadeza, pero nunca las preservas, para que duren más tiempo. Las dejas allí, esplendorosas en el primer instante, destilando el rocío que aún permanece en ellas. Tampoco las retiras nunca cuando se marchitan, cuando el sol y la lluvia que les dio vida y reavivó sus colores los va extinguiendo, y cambiándolos por ocres desvaídos, y su agradable aroma se vuelve húmedo, con un regusto a podredumbre. A veces el recio viento las aleja, y entonces ya puedo empezar a soñar con el siguiente ramo, y con tu presencia. Pero casi siempre me equivoco, tratando de adivinar el nombre de las siguientes flores, porque en algunas ocasiones tus manos sólo traen una flor, que depositas con cuidado sobre los restos de los deteriorados ramos precedentes.

Yo he aprendido que tú eres así, impredecible, ingobernable en tus palabras, sólo tus pasos siguen siendo los mismos. Porque los sonidos de tu voz, me llegan con todos sus matices: frases airadas y de reproche, a veces alegres, rememorando momentos jubilosos ya vividos. A veces sólo la tristeza aflora en tus frases entrecortadas, y otras veces es el dolor, el dolor más devastador con sus hondos silencios. Siento tus lágrimas transparentes vertidas en la callada tarde, su humedad líquida parece rebotar sobre la piedra, cambiando su color, pero evaporándose antes de penetrarla.

Así he aprendido a amarte. Día tras día espero tu presencia para escucharte, para sentirte y saber más sobre tí. Este amor lo han ido forjando tus propias palabras acerca de ti misma, tu nombre, tus pasos, tu tristeza suave y resignada o tu enérgico enfado. No hay palabras más sinceras y más hondas que las pronunciadas por tus labios. Así día tras día has conseguido que te ame por ti misma.

En esta quietud eterna, sólo me queda emoción para tus pasos y tus palabras. A veces imagino, si me es dado imaginar en mi condición, que alguien cambia mi nombre por el de él, al fin estamos tan proximos, y en las mismas circunstancias.

Entonces...tú, Anna, pondrías las flores en mi sepulcro y dirigirías tus palabras a mí. Y aún sabiendo que me engaño, podría soñar que tú me añoras, que en algún momento lejano formaste parte de mi vida, aunque Anna, ni aún así podría amarte más de lo que ya te amo.

A veces la tristeza también llega a mis huesos tan deteriorados y me da por pensar que un día abandonarás, que espaciaras tus visitas y desapareceras, aunque sea irónico decirlo, "de mi vida".

Te amo Anna, te amo tanto en mi obligado silencio, en mi impuesta quietud, que sólo el día que dejes de visitar a mi vecino, sólo entonces Anna, aceptaré que he muerto.

Tuyo